

10391

FEDERICO ROMERO  
GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW

# LA SONATA DE GRIEG

BALADA NORUEGA EN TRES CUADROS

MÚSICA DE

EDVARD GRIEG



MADRID

1918



FEDERICO ROMERO  
GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW

# LA SONATA DE GRIEG

BALADA NORUEGA EN TRES CUADROS,  
MÚSICA DE

EDVARD GRIEG

Teatro Lírico de Valencia, 8 de  
===== Diciembre de 1916 =====

Teatro de la Zarzuela de Madrid,  
===== 7 de Junio de 1918 =====

MADRID  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS  
Costanilla de San Pedro, número 6.

1918



A NUESTRO BUEN AMIGO  
SAMUEL NAVARRO

207076

# REPARTO

## ACTORES

### PERSONAJES

#### En Valencia.

#### En Madrid.

Ana-Teresa (romancera popular).	Sra. Domingo.....	Sra. Domingo.
Nora (moza rica).....	Srta. Martí (A.)...	Srta. Clavería.
Catalina (señora anciana).....	> Campo.....	Sra. Gorgé.
Fina (niña) (*).....	Niña Plucháu ....	Niña Plucháu.
Malia la Gelda (reina del mal)....	Srta. Sanchiz.....	Srta. Espinosa.
Matilde (moza).....	> Vilaplana....	> Aznar.
Petra (ídem).....	> Banacloche..	> Carrasco (A.)
Juanita (ídem).....	> Blasco.....	> Hoyos.
Aldeana 1. <sup>a</sup> .....	> Gómez.....	> Gómez.
Ídem 2. <sup>a</sup> .....	> Montó.....	> Montó.
Ricardo (violinista).....	Sr. Vercher.....	Sr. Ramallo.
Olaf (anciano patriarca).....	> Tomás.....	> Tomás.
Cristián (flautista).....	> González (A.)..	> Bori.
Enrique (granjero colono).....	> Vivas... ..	> Vivas.
Judas (criado de la granja).....	> Montó.....	> Montó.
Pedro (dueño de la granja).....	> López.....	> Villasante.
Gustavo (mozo).....	> Espí.....	> Espí.
Hans (ídem).....	> Iturbi.....	> Vila.
Oscar (ídem).....	> Valero.....	> Moreno.
Aldeano 1. <sup>o</sup> .....	> Calvo.....	> Cabello.

Geldas, mozas, enanos y mozos.

La acción, en la costa de Noruega.

(\*) Para la interpretación del personaje *Fina* se requiere el concurso de una niña de verdaderas condiciones de actriz. Las compañías que no puedan contar con este elemento quedan autorizadas para encomendar el papel á una tiple cómica, que pueda representar una niña de doce á catorce años, y en tal caso cuidarán los directores de escena de modificar, con su habitual discreción, algunos detalles de acción, como el de dormirse *Fina* en brazos de *Ana Teresa* (pág. 33), sustituyendo este juego por el de dormir las dos á la muñeca, haciendo el mutis andando ambas.

He aquí la historia de LA SONATA DE GRIEG, y el proceso de su gestación.

El maestro Serrano tiene dos adoraciones artísticas: Chapí y Grieg. En nuestras conversaciones con él, habíamos dedicado fervorosos recuerdos á estos músicos insignes, ilustrándolos con audiciones de sus obras. Frecuentemente se lamentaba Serrano de que la copiosísima labor de Eduardo Grieg permaneciera casi desconocida para el gran público español. Siendo aquél de los compositores más comprensibles, apenas se ejecutan en conciertos las dos *suites* del *Peer Gynt*, varias danzas noruegas y algún que otro *lieder*. Y, desde luego, en conciertos populares no se sabe que se hayan dado audiciones de otras obras de Grieg que el *Peer Gynt* y las danzas. Su enorme labor, saboreada únicamente por los profesionales y los aficionados selectos, merecía que se difundiera.

Proyectaba Serrano organizar unos *Conciertos Grieg*, que se celebrarían periódicamente, y, madurando este plan, surgió la idea de engarzar algunas de las composiciones del ilustre músico en un poema dramático representable. Así, pues, LA SONATA DE GRIEG no constituye una partitura en el sentido académico de la expresión, sino una sucesión de piezas ejecutadas en momentos líricos lo más aproximados posible al motivo literario que se propuso desarrollar el maestro, deducido del título, del cantable ó de las anotaciones de sus comentaristas.



Confiada á nuestra modestia la misión de hacer el engrarce, jamás se nos ocultaron las dificultades que habían de presentarse, y todavía nos sentimos muy temerosos de no haber logrado resolverlas. Sin embargo, nos permitimos exponer algunos detalles por si podemos convencer al público y á la crítica de que nuestra labor, aunque quizás no ha conseguido ser feliz, ha pretendido ser honrada.

La primera condición impuesta por nuestro colaborador el maestro Serrano, era la de no alterar en una sola nota la música de Grieg. Sin esta plausible escrupulosidad habría sido fácil la composición de una comedia lírica desarrollando amplia y diversamente algunos temas de Grieg. El libretista entonces no tendría que imponerse otros pies forzados que la adaptación de un asunto dramático original á un ambiente determinado. Pero aquella cortapisa tan esencial, contra la que no cabía protesta, antes bien debía merecer la acogida más cordial, imponía la construcción del libreto sobre un plan musical establecido; lo contrario de lo que suele ser regla en este género teatral.

Técnica aparte—que este expediente no es de nuestro negociado—, la música de Grieg es, ante todo, popular y amablemente melancólica. Sus temas denotan estados de espíritu sentimentales, cuando no pintan la algazara ingenua de las fiestas aldeanas. Á este doble tono debía ajustarse el libro, á nuestro entender, y hemos procurado dotarle de una sencillez primitiva y de una serenidad de crepúsculo. No cabían, á nuestro juicio, en la comedia ni las exaltaciones pasionales ni las inquietudes de la razón.

En la propia literatura noruega, los Ibsen, los Bjornson, preclaros dramaturgos que descollaron por sus concepciones teatrales de profundísimo sentido social, al escribir los breves poemas que habían de inspirar las más famosas canciones de Grieg, tornábanse apacibles, geórgicos y sentimentales.



Una vez acordada la modalidad dramática, había que pensar en la fábula y en los caracteres. Y, sin que podamos declararnos incursores en pecado de copia, nos acogimos á los cuentos populares de Sebastián Asbjøersen y Jorge Møe, perfumados con un grato aroma campesino y legendario; á las poesías de Welhaven, el más inspirado lírico noruego, y á los cantables de Ibsen y Bjørnson, de que más arriba hacemos mención.

Algunos de los elementos dramáticos de LA SONATA DE GRIEG, como la maléfica actuación de las Geldas—traducción de las *Huldres* escandinavas, libre y caprichosa, por explicables razones de eufonía—, procede de las propias leyendas madres del país, de las *sagas* tradicionales.

El protagonista, Ricardo, es hermano espiritual de *Haraldo el violinista*, cuya tragedia describe Welhaven primorosamente. Ana Teresa, la romancera de LA SONATA, es fuerte de alma y propicia á la renunciación, como el héroe de *La copa derramada*, gran señor apenado, *que no quería olvidar su dolor*.

Hasta la estructura técnica del libro, salvando las naturales distancias, es semejante á la del *Peer Gynt* ibseniano. Se diferencian en que este extraño drama es más fuerte y más rico en episodios, y en que el viaje de nuestro Ricardo no lo realiza en torno del mundo, sino al través de una sucesión de adversidades.

---



## CUADRO PRIMERO

Plazoleta en el interior de una selva próxima á una aldea de la costa meridional de Noruega. En el fondo, á la izquierda, una pequeña ermita con puerta practicable. En segundo término de la derecha, hacia el centro de la escena, el tronco de un árbol corpulento. En último término, por detrás de la ermita, cruza un camino. Esparcidas por el suelo, ramas secas y hojarascas. Cuando comienza la acción está mediando la tarde. Derecha é izquierda, las del artista.

*Ana Teresa se halla, al levantarse el telón, sentada en una silla baja delante de la puerta de la ermita. En otra silla, enfrente de la suya, tiene un espejo, en el que se mira mientras se peina y se compone, preparándose para la fiesta del pueblo. Por el fondo llegan Nora, Petra, Juanita y Matilde, vistiendo sus trajes más lucidos.*

NORA. Por aquí. Ya estamos en la ermita.

JUANITA. Y el pícaro sin aparecer.

NORA. ¿No habrá venido?

ANA TERESA. De algún novio se trata.....

NORA. *A Ana Teresa.* ¿Has visto pasar á Ricardo?

ANA TERESA. No, no vino por aquí.

NORA. ¡Qué rabia!

PETRA. ¡Qué loco!, dirás.

JUANITA. ¡Qué ingrato!

ANA TERESA. ¡Ah! Con que, ¿os disputáis á Ricardo?... Cuando no era tan admirado, hemos sido compañeros. Yo cantaba mis romances por las aldeas y él me acompañaba alguna vez. Ahora.... Ricardo es el violinista mimado y yo soy la pobre romancera abandonada á su suerte.

NORA. ¿A que también tú quieres al violinista?

JUANITA. *A Ana Teresa.* Sería peregrino que en la fiesta de hoy te eligiera Ricardo por esposa.

ANA TERESA. No os burléis de mí. *Se oyen por la izquierda unas variaciones de flauta.*

NORA. ¡Callad! ¡Ay, no, creí que era él!

ANA TERESA. ¡Él!

MATILDE. ¡Si es Cristián, el flautista!

PETRA. Nora, ahí lo tienes.

NORA. ¡Qué majadero! *Entra por la izquierda Cristián, el joven flautista de que se ha hablado. Es un tipo un poco ridiculo; viste de aldeano y trae una pequeña flauta.*

CRISTIÁN. ¡Ah! ¿Estabais aquí?

ANA TERESA. Sí; aquí tienes á la flor de la aldea. Y tú, ¿adónde caminas?

CRISTIÁN. Á ninguna parte. Tocaba la flauta para distraer á las fieras del bosque. Son las únicas que aprecian mi arte.

NORA. La música domestica á los animales.

CRISTIÁN. Á estos, sí; pero á los del pueblo.... Tienen en mí un virtuoso de la música de viento y sólo aplauden al violinista. Les tira la música de roncal, porque decir de cuerda me parece pálido.

JUANITA. Ricardo es el artista del Concejo.

CRISTIÁN. ¡Las influencias! Dentro de poco, Ricardo será la Banda Municipal. ¿Y qué? Seguirá pareciendo su violín un pato con anginas junto á este rruiseñor maravilloso. *Toca la flauta y desafina un tanto.*

ANA TERESA. ¿Y vas á entristecerte por eso?

MATILDE. En un día como hoy.

NORA. En plena fiesta.

CRISTIÁN. Contento me tiene á mí la fiesta.

ANA TERESA. ¿Hay algo más bonito que recibir á la primavera eligiendo novia?

CRISTIÁN. Hasta ahí vamos bien. Si yo pienso elegirle.....

JUANITA. ¿Tú? *Todas rien.*

CRISTIÁN. ¡Ya lo creo! Y sería precioso que cada uno se fuera con su parejita; pero surge el viejo Olaf, que es la tradición con balandrán, y se acabó el idilio.

ANA TERESA. Todo es tradición. La danza, la elección, el sorteo.....

CRISTIÁN. No me hables del sorteo. Tres años llevo yo sin elegir novia por no entrar en suerte para eso de las geldas.

ANA TERESA. Es para asustarse.

JUANITA. ¡Uy! Ya lo creo.

NORA. Y es preferible que desaparezca un mozo conjurando el maleficio que tenerlas en el bosque todo el verano.

CRISTIÁN. Pues es más cómodo no volver por el bosque hasta el invierno. Como á mí me toque..... es muy dudoso que me quede. Eso de que se presente una señora gelda, hermosa, rozagante y, quieras que no, tengas que rendirte á sus encantos..... ¿Qué diría mi novia?

MATILDE. ¿Tu novia? *Risas generales.*

CRISTIÁN. Sí, señor. Mi futura novia. La que dentro de breves instantes elegiré en la danza, pese á quien pese.

NORA. *Que se ha destacado del grupo, y desde el camino, al foro derecha, escruta la lejanía.* ¡Ricardo!

CRISTIÁN. ¡Á ése!

TODAS. ¿Qué?

NORA. Sí, sí. Miradle á lo lejos. *Nora y las demás*

*muchachas, á excepción de Ana Teresa, hacen mutis por el camino, llamando á Ricardo.*

CRISTIÁN. ¿Has visto, Ana Teresa, has visto?

ANA TERESA. Sí, Cristián. Á Ricardo se le admira cuanto merece. Pero, ¿por qué le quieres tan mal?

CRISTIÁN. ¿Tú crees que le odio? No, señor; le envidio nada más.

ANA TERESA. Pues no le envidies. Le quieren todas por que es el más famoso. Yo le querría sólo para mí: obscuro y pobre. Le amo como las geldas del bosque; si tuviera un poder sobrenatural, como ellas, seguiría su ejemplo: buscaría al hombre, y si no pudiera ser mío le mataría, como las geldas matan, para que no sea de nadie el amor que no consiguieron.

CRISTIÁN. ¡Cuando yo digo que en el sorteo de esta tarde hago trampa!

ANA TERESA. Puedes salir libre.

CRISTIÁN. ¿Libre? Llevo una temporadita que..... ¡vaya si me toca! En cambio, ya verás la suerte de Ricardo. Ese ha nacido en una luna llena, rica y esplendorosa.

ANA TERESA. Mientras tú y yo nacimos en cuarto menguante.

CRISTIÁN. ¡Ca! Ni eso. Cuando yo nací, la Luna no tenía ni un cuarto. *Aparecen por distintos lados de la izquierda Olaf, aldeanas y aldeanos; entre éstos, Oscar, Gustavo y Hans.*

HANS. Vamos á la elección.

GUSTAVO. Eso, eso.

OLAF. Esperemos al músico, porque sin él no hay danza. *Se oye dentro el violín de Ricardo, que toca un trozo de la sonata de Grieg, predilecta del músico.*

ANA TERESA. Ricardo está al llegar.

OSCAR. Y si no, aquí tenemos al flautista.

CRISTIÁN. Conmigo no contéis.



ANA TERESA. Ahí viene.

OSCAR. ¡Y con menuda corte! *Cesa el sonido del violín y sale Ricardo, rodeado por Nora, Juanita, Matilde, Petra y otras mozas. Al verle, las demás aldeanas que hay en escena van á su encuentro, para recibirle.*

RICARDO. Dispensadme.

OLAF. Dispensado estás. Pero la noche llega y es preciso concluir con la elección de novias y el consabido sorteo de mozos.

CRISTIÁN. ¡Pido la palabra!

OLAF. ¿Qué tontería vas á decir tú?

CRISTIÁN. ¿Tontería? Ahora verás. Estoy conforme con lo de las novias. ¡Vivan las novias!

TODOS. ¡Vivan!

CRISTIÁN. Todos están conmigo. Y pido la abolición de esa ridiculez de sorteo. ¿Estáis conformes? *Silencio general.* Bueno; lo que ocurre aquí es que yo soy el único que tiene valor..... para decir que tiene miedo.

OLAF. Bastaría que lo tuvieras para entrar en el sorteo. ¡Al baile!

LAS MOZAS. ¡Sí, al baile! ¡Que empiece! ¡Que ya es tarde!

RICARDO. Pero, ¿quién va á tocar?

CRISTIÁN. ¡Tú!

RICARDO. Yo, no. Pienso elegir esposa y soy de los que bailan.

LAS MOZAS. ¡Viva!

RICARDO. Puede tocar Cristián.

CRISTIÁN. ¿Qué?

OLAF. Es claro; no hay otro músico en la aldea.

CRISTIÁN. Pues que toque el lucero vespertino, porque yo también me caso.....

OLAF. ¿Tú? *Risas.*

CRISTIÁN. ¡Pues hombre! ¡Á ver si no tengo yo derecho á un tálamo!



ANA TERESA. Tienes razón. Yo puedo cantar una balada. ¿Queréis?

CRISTIÁN. No, señor. Tú debes ponerte en fila como las demás, por si hay algún mozo que te quiera.

RICARDO. *Acercándose á Ana Teresa y hablándola en tono galante y cariñoso.* Y, si no le hay, cuenta que en este pueblo se ha acabado el gusto.

ANA TERESA. Gracias, Ricardo.

NORA. *Impaciente, á Ricardo.* Vaya, que es muy tarde.

OLAF. Dices bien. Muchachos: á recoger las flores y á colocarse. *A Oscar, colocándole en el extremo derecho de la escena.* Tú, aquí; eres el más viejo. Después Hans, Ricardo.... *Les va indicando su sitio, unos á continuación de otros, en semicírculo, según les va nombrando.*

CRISTIÁN. *Que pugna por colocarse de los primeros y está siendo rechazado por Olaf.* ¡Eh, cuidado! Ahora me toca á mí.

OLAF. Es por orden de edades.

CRISTIÁN. ¿Y por qué?

OLAF. Lo dice la tradición.

CRISTIÁN. ¡Y vuelta con la tradición!

MATILDE. ¡Que se calle!

JUANITA. ¡Á su sitio!

OTRAS. ¡Fuera, fuera!

CRISTIÁN. Parcialidades, no.

OLAF. Ahora tú, Cristián.

CRISTIÁN. *Colocándose.* Menos mal. *A su izquierda se sitúan los restantes mozos.*

OLAF. *A las muchachas, poniéndolas en fila, en análoga forma, dando frente á los mozos.* Venid vosotras. Las mujeres al otro lado. Y yo en medio. *Olaf ha quedado en el centro, sosteniendo con la mano derecha una rama florida. Los mozos tienen, cada uno, un manojo de flores que ofrendar á sus prometidas.* «He aquí cómo viene la Primavera.

Como las nuevas flores, nazcan los nuevos cariños. Tomad esposa, queredla siempre y hacedla feliz. Así es como viene la Primavera». *Cada vez que Olaf inclina ahora la rama, se destaca uno de los mozos, dirigiéndose á la muchacha que ha elegido.*

OSCAR. María.....

CRISTIÁN. Tranquilidad primera.

OSCAR. .... Con este ramo te entrego mi corazón.

ALDEANA 1.<sup>a</sup> Lo guardaré toda mi vida.

HANS. Rosa.....

CRISTIÁN. Tranquilidad segunda.

HANS. Ya sabes lo que quiero decirte.

ALDEANA 2.<sup>a</sup> Y mi contestación.

RICARDO. *Adelantándose y yendo hacia Nora, ante el espanto de Cristián.* Nora.....

CRISTIÁN. *Abandonando su puesto.* ¡Se acabó la tranquilidad!

OLAF. ¡Á tu sitio!

RICARDO. *A Nora.* Acepta mi primer amor, y con él las primeras flores de la Primavera.

NORA. *Tomando el ramo que Ricardo la ofrece.* Para mi pecho son.

CRISTIÁN. *Tirando al suelo, con rabia, su ramo de flores.* ¡Protesto!

ANA TERESA. *A Cristián.* Calla; resígnate como yo. Lo ha mandado el Destino.

CRISTIÁN. ¡El desatino! ¡Hum.....! Cuatro meses amasando el pan, para que se lo coma ese imbécil.

*La elección de novias ha continuado bajo la dirección de Olaf, hasta que ya cada mozo tiene su pareja.*

OLAF. ¿Falta alguno?

HANS. Falta Cristián.

CRISTIÁN. Cristián se abstiene.

OLAF. Sean todos felices siempre. Muchachos, ¡bailad á las novias!

## MÚSICA

*Ha comenzado á obscurecer. Mozos y mozas, formando parejas, bailan, á los sones de la flauta de Cristián, que al fin ha accedido á sacrificarse, una danza popular que tiene el encanto de todo lo que es sencillez y espontáneo. Cuando el baile termina, el viejo Olaf avanza hacia ellos para felicitarles.*

## HABLADO

OLAF. ¡Enhorabuena á todos! ¡Lástima que á alguno le amarguen su dicha las geldas!

CRISTIÁN. *Aparte.* ¿Han dicho las geldas? *Alto.* ¡Una advertencia!

OLAF. ¿Otra vez?

CRISTIÁN. Supongo que el que no haya elegido novia no entrará en eso del sorteo.

OLAF. Pero si ha entrado en turno para elegirla, sí.

CRISTIÁN. ¡Hombre, eso es un atropello!

OLAF. Es la costumbre.

CRISTIÁN. Pues que la reformen.

OLAF. ¡No! ¡Qué juventud la de ahora!

CRISTIÁN. El vejestorio éste.....

RICARDO. ¡Tiene razón el patriarca! No parece sino que en la aldea se han acabado los hombres. ¿No os da vergüenza á vosotros mismos de creer en esas cosas?

NORA. ¿No crees en las geldas?

RICARDO. Eso son cuentos.

ANA TERESA. Acuérdate de Enrique, de Adolfo, de Sebastián..... Se quedaron en el bosque y desaparecieron. Morirían á manos de las geldas.

RICARDO. Murieron de miedo; y para que os convenzáis voy á hacer la prueba. Si se admiten voluntarios, pasaré yo la noche en el bosque, y sobra el sorteo.

HANS. ¡Bravo!

OSCAR. ¡Viva!

NORA. No, no.

ANA TERESA. ¡No!

RICARDO. ¿Y por qué no?

NORA. ¿Verdad que no puede ser, viejo Olaf?

OLAF. En casos así.....

CRISTIÁN. ¡Verás!.....

OLAF. La tradición admite el ofrecimiento.

CRISTIÁN. Hombre, ¡gracias á Dios que estoy conforme con la tradición!

NORA. No te quedes, Ricardo.

CRISTIÁN. Y, si el hombre tiene empeño, ¿se lo vais á quitar?

RICARDO. ¡Valiente patraña!

OLAF. Valiente, tú. Alguna vez hubo voluntarios; pero los cansados de la vida, los infelices..... En ti tiene más mérito.

NORA. No, no. Yo no quiero.

RICARDO. Calla, mujer. Cásate con un hombre, ya que has visto que quedan tan pocos. *Pausa.* Ya es de noche. Dejadme. *A Nora.* Duerme tranquila. *A los demás.* Dormid todos bien.

OSCAR. Mañana vendremos á buscarte.

RICARDO. Hasta mañana.

CRISTIÁN. *Cruza la escena, llega junto á Ricardo y le estrecha la mano.* Que pases buena noche.

RICARDO. Adiós.....

OLAF. Dios te ayude.

UN ALDEANO. ¡Viva Ricardo!

TODOS. ¡Viva!

CRISTIÁN. ¿Viva? Mañana lo veremos. *Hacen mutis por el fondo todos, menos Ricardo y Ana Teresa. Ella ha quedado en último término, observándole, y cuando desaparece el último aldeano, se acerca tímidamente al violinista, que se halla como abstraído.*

ANA TERESA. ¿Me perdonas?

RICARDO. *Viéndola.*

¿Qué dices?

ANA TERESA. Si interrumpo tu sueño.....

Un amor rememora  
tu feliz pensamiento  
y..... bien vale la pena  
de adorarlo en silencio.

RICARDO. Mas, ¿qué importa? Me place  
que los dos lo adoremos.  
¿Quieres tú?.....

ANA TERESA. Siendo tuyo  
—bien lo sabes—sí quiero.

RICARDO. Viene á mí la memoria  
de otros días ingenuos  
en que, juntos, cantaban  
mi violín y tus versos.

ANA TERESA. La sonata divina  
del insigne maestro,  
aún la llevo en el alma,  
resonando muy dentro.....

RICARDO. .... ¡Qué alejados vivimos!

ANA TERESA. Nuestra suerte lo ha hecho.

RICARDO. Si mi hermana no fueras  
en espíritu, creo  
que con esta añoranza  
hoy vendrías á serlo.

ANA TERESA. ¿Como á hermana me miras?

RICARDO. Como á hermana te quiero.

ANA TERESA. ¡Qué alegría! Ya puedes  
escuchar á qué vengo.....  
Abandona este bosque.  
Huye lejos, muy lejos  
de las geldas voraces  
que ya están en acecho.



RICARDO. ¡Inocente! Las geltas  
son fantasmas de un cuento  
con que infunden temores  
á los niños pequeños.

ANA TERESA. Son las almas que tornan  
á la vida de nuevo,  
á gozar los amores  
que en la tierra no hubieron.....  
Por la selva ya corren  
los fantasmas, y siento  
la canción de la muerte  
que te viene siguiendo.

RICARDO. Soñadora.....

ANA TERESA. Ricardo:  
ten piedad de mi ruego.  
¡Por los tiempos dichosos  
que vivimos!.....

RICARDO. No debo.  
¡No quisiera que Nora  
sospechara que es miedo!

*Ana Teresa, resignada, se dirige hacia la ermita.*  
¡Qué serena la noche!  
Ya verás qué bien duermo.

ANA TERESA. En mi ermita, rezando  
por tu vida, me quedo.

RICARDO. Cuando apunte la aurora,  
entraré yo en el templo.

ANA TERESA. ¡Dios lo quiera, Ricardo!

RICARDO. ¡Ya verás qué bien duermo!

*Ana Teresa entra en la ermita, cerrando tras sí la  
puerta. Ricardo recoge las ramas y hojas esparcidas por  
el suelo y forma con ellas, al pie del árbol central, un rús-  
tico lecho.*

Y á dormir, que ya es tarde.  
Alma mía: soñemos.

## MÚSICA.

*Échase el violinista sobre el lecho de hojas y va poco á poco adormeciéndose. Se ha hecho de noche y una leve brisa conmueve la selva.*

RICARDO. La noche silenciosa  
 convida al dulce sueño.  
 ¡Qué feliz el que reposa  
 en la calma deliciosa  
 del placer y del ensueño!  
 .....  
 .....  
 El bosque, silencioso.  
 .....  
 El cielo, transparente.  
 .....  
 ¡Á mí descienda el sueño  
 venturoso!  
 .....  
 ¡Qué dulcemente!  
 .....  
 Sin sentir.  
 .....  
 Sin pensar.  
 .....  
 Dormir.....  
 .....  
 Soñar.....

*Ricardo ha quedado dormido; súbitamente, surgen por uno y otro lado geldas y enanos, que comienzan á tejer alrededor del violinista una danza misteriosa y diabólica. Las geldas, hermosas mujeres, llevan los vestidos desgarrados, á causa de su vida, siempre errante, entre zarzas y breñas. Los enanos se presentan bajo distintas formas—gro-*



mos, renacuajos, lagartos, etc.—y todos bailan sin cesar, secundando á las geldas, que no dejan de danzar en torno de Ricardo. Interrumpe el baile la presencia de Malia, la reina de las geldas, quien llega hasta el artista y le despierta. Renuévanse las danzas con más intensidad. Ricardo, aturdido, intenta separarse de Malia, que se le acerca, insinuante.

MALIA LA GELDA. ¿Cómo quedó  
tan dormido el galán,  
que no advertió  
mi llegada hasta él?

RICARDO. Nunca tus artes  
rendirme podrán.  
¡Brindas acíbar  
á cambio de miel!

MALIA LA GELDA. *Persiguiendo á Ricardo, que huye de ella, mientras las geldas bailan en derredor de ambos.*

Ven á mis brazos.  
En ellos tendrás  
todos los goces  
del mundo feliz.

RICARDO. No tus halagos  
me rindan jamás.  
No has de vencerme.  
¡Aparta de mí!

MALIA LA GELDA. ¡Ven!

RICARDO. Aparta.....

MALIA LA GELDA. ¡Ámame!

RICARDO. ¡Nunca!

*Malia abraza de pronto á Ricardo, le besa en los ojos, da un grito y huye. Las geldas y enanos desaparecen también, inmediatamente, como por encanto. Ricardo, aterrado, se lleva las manos á los ojos y prorrumpe en gritos de angustia.*

## RECITADO.

RICARDO. ¡Luz! ¡Luz!..... ¡Ana!..... ¡Ana Teresa!.....

ANA TERESA. *Saliendo precipitadamente de la ermita y acudiendo en socorro del violinista.* ¡Ricardo!.....

RICARDO. ¡Ven! ¿Dónde estás?

ANA TERESA. Aquí me tienes.

RICARDO. Pero..... ¿dónde?

ANA TERESA. *Reparando en sus ojos muertos.* ¡Ciego!

RICARDO. Sí, ciego.

ANA TERESA. ¡Malditas geldas!

*Ricardo se acoge á los brazos protectores de la compañera de su infancia. Fuerte en la orquesta y telón rápido.*

## MUTACIÓN.

## CUADRO SEGUNDO

En una granja del país. Por el fondo, cruza un camino de izquierda á derecha, en la que hay un recodo que prolonga aquél de derecha á izquierda, ascendiendo en pendiente. En la lejanía se ve un valle brumoso. En primer término de la derecha, pabellón habitable de la granja, con puerta practicable. A la izquierda hay otro edificio rústico, que tiene en el primer término una puerta dando entrada á un zaguán que comunica con el huerto, y en segundo término, frente al público, una escalera que da acceso al pajar. En el centro de la escena hay un árbol añoso y á su pie un banco rústico; al lado de éste, un taburete. Por los rincones se ven aperos de labranza y haces de heno. Hay entradas en escena por las citadas puertas, por la escalera, á ser posible, por el camino del fondo y por los últimos términos, detrás de los edificios laterales. Es de día.

### MÚSICA.

*Al levantarse el telón nadie en escena. Comienza á sonar por la izquierda del foro la zampoña de un pastor, cuyo sonido se simula con un saxofón soprano. El pastor va acercándose paulatinamente hasta aparecer en escena, cruzándola y subiendo por el camino hasta hacer mutis. Al cesar la música sale Catalina de la casita de la derecha con delantal blanco y una cazuela con verduras que se dispone á picar, sentada en el banco rústico del centro. Por el foro derecha aparece Pedro, el marido de Catalina.*

CATALINA. ¿Ya de vuelta?

PEDRO. Y con felicidad. Está el campo que promete una gran cosecha. Desde que se la arrendamos á Enrique, la granja parece otra.

CATALINA. Verdad.

PEDRO. Pero, ¿qué haces tú con esos guisotes?

CATALINA. Estaba aburrída.

PEDRO. Déjalo todo y prepárate. La ceremonia es á las seis.

CATALINA. Ya cuento con ello. Los regalos están en la alcoba. *Por la puerta del primer término de la izquierda salen Enrique, el colono de la granja, y Judas, su criado.*

ENRIQUE. Buenas tardes.

CATALINA. Hola, Enrique.

PEDRO. Felices.

JUDAS. Salud, mis señores.

ENRIQUE. ¿Y mi niña?

CATALINA. Fué al gallinero con Ricardo.

ENRIQUE. ¿Y Ana Teresa?

CATALINA. Salió. Tan buena como siempre.

PEDRO. Es un ángel esa chica.

ENRIQUE. ¡Que si es!.....

JUDAS. Hipocresías, maestro.

ENRIQUE. ¿Qué sabes tú?

CATALINA. Va para un año que llegó á la granja y no se la ha conocido doblez.

ENRIQUE. Lo prueba que los admití por una noche y aún siguen en la granja.

JUDAS. Y por ellos, toda la vida.

ENRIQUE. Y por mí también. Ana Teresa es una mujer sugestiva. Ella lava; ella cose; ella entiende de ganado y de labor en cuanto ve trabajar un día. Además, mi hija la quiere mucho y Ana la atiende como si fuera su madre que esté en la Gloria.

CATALINA. La pobre Marta, tu mujer, si la ve desde el cielo, bendecirá á Ana Teresa.

PEDRO. Ahí viene Ricardo. *Por el segundo término de la derecha sale el violinista, ciego, de la mano de Fina,*

niña de siete ú ocho años, que trae al brazo un cestito de huevos. Al entrar en escena, Fina suelta á Ricardo y se dirige á besar, sucesivamente, á Catalina y á Enrique.

FINA. Madrina, papá; un cosechón. Judas, quítate de en medio. ¿No ves que va á tropezar? *Acudiendo al ciego.* No tengas miedo, Ricardo. *Al criado.* Judas, quita ese taburete. *Indignada ante la lentitud de Judas.* ¡Ay, qué soso eres! Espera. No quiero que seas así, Judas. *Quita el taburete, dejando libre el paso.*

JUDAS. Pero.....

FINA. ¡Calle usted, mamarracho! *Cogiendo á Ricardo de una mano.* Ven acá, hijo mío, ven. Siéntate. *Le lleva al banco y Ricardo se sienta, ayudándole Fina.* ¿Está usted contento, señor violinista?

RICARDO. ¡Dios te bendiga!

JUDAS. ¡Qué mala es!

ENRIQUE. *A su hija.* Á ver, á ver tu recolección.

FINA. Mira.

RICARDO. En cuanto la ven los pollitos acuden á rodearla con una alegre algarabía.

FINA. ¡Toma! Porque les doy de comer.

CATALINA. ¿Cuántos hay ahora?

ENRIQUE. Lo menos cincuenta.

FINA. Cincuenta y dos. Más chiquititos.....

JUDAS. *Acariciando á Fina.* Niña.....

FINA. ¡Vaya usted de ahí!

ENRIQUE. ¡Eh! ¿Qué modos son esos?

FINA. Ha sido malo, papá.

ENRIQUE. Pero ahora quiere acariciarte.

FINA. *A Judas.* ¿Me pides perdón?

JUDAS. *Poniéndose de rodillas.* Sí.

FINA. ¿Vas á ser bueno y á querer á Ricardo?

JUDAS. Sí.

FINA. Pues ponte más humilde.

PEDRO. Pero, niña.....



JUDAS. Déjela usted, señor. *Pone las manos en el suelo para que monte Fina en sus espaldas. Y así lo hace la niña prestamente.*

CATALINA. Sí, dejadla.

FINA. Bien, te perdono. ¡Arre, palomo, arrel! *Sale corriendo Judas y hace mutis por el último término de la izquierda, con la niña á cuestas.*

ENRIQUE. Señora, no me gusta esto. Se acostumbra á mandar.

RICARDO. ¡Es tan chiquilla!.....

*Llega por el camino Ana Teresa, que trae en la mano una cántara.*

ANA TERESA. Ya estoy aquí. *Reparando en lo que hace Catalina.* Pero, ¿qué hace usted? Yo lo hubiera hecho.

CATALINA. Ha sido por entretenerme. Bastante haces, hija mía.

ANA TERESA. Ni siquiera pagar lo que les debemos. ¿Verdad, Ricardo?

RICARDO. Verdad. Ya les daremos poco que hacer.

ENRIQUE. ¿Por qué?

RICARDO. Porque tenemos que marchar.

ANA TERESA. ¡Marchar.....!

ENRIQUE. ¿Adónde?

RICARDO. A la ventura. Vuestra hospitalidad es generosa; pero no debemos abusar más tiempo:

ENRIQUE. No, no. Desecha esos prejuicios.

PEDRO. No se hable más.

ANA TERESA. Voy á dejar la lechera.

ENRIQUE. No, tráela. *Acudiendo á tomar la cántara.*

ANA TERESA. ¿Qué trabajo me cuesta?

ENRIQUE. Es que voy yo. *Hace mutis por la escalera de la izquierda.*

ANA TERESA. Entonces, déjenme terminar la monda.

CATALINA. Ya he concluído. Ha sido un capricho de vieja. *Levantándose.*

PEDRO. Pues vámonos, que ya es tarde. Además, no conviene que nos vea la niña.

CATALINA. Voy á arreglarme.

ANA TERESA. Y yo, ¿qué hago? Quisiera que me mandaran. No trabajo en nada.

CATALINA. Hazle compañía á Ricardo. Con nosotros se aburre. *Catalina y Pedro entran á la casita de la derecha.*

RICARDO. Ana Teresa.....

ANA TERESA. Aquí estoy. ¿No lo oiste? Me han dejado á solas contigo.

RICARDO. Hicieron bien. Hemos de ir á la aldea. Quiero presentarme ante Nora.

ANA TERESA. *Aparte.* ¡Todavía Nora.....!

RICARDO. Todos me dan por muerto.

ANA TERESA. Calla, por Dios. Nosotros no volveremos á la aldea. Pensaremos también que nuestros amigos murieron.

RICARDO. Si Nora sabe que estoy vivo, ¿no ha de quererme? Iremos, ¿verdad, Ana?

ANA TERESA. Lo que tú mandes.

RICARDO. ¿Quiéres que le escribamos á Nora? Mi carta será una anunciación de alegría. Luego iremos nosotros. ¡Verás qué carta! Escribe..... *Ana Teresa comienza á sollozar en forma que lo advierte Ricardo.* Pero, ¿qué haces? ¿Lloras? ¿Te he mortificado?

ANA TERESA. No; bien quisiera verte dichoso.

RICARDO. Entonces, ¿por qué lloras?

ANA TERESA. Porque no sé escribir.

RICARDO. ¡Oh! No te importe. Tranquilízate. ¿Dónde está Enrique?

ANA TERESA. ¿Enrique? Por ahí..... No sé si en el huerto.

RICARDO. Él me la escribirá. *Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.* Voy yo mismo á buscarle. ¡Enrique.....! ¡Enrique.....! *Mutis.*



ANA TERESA. Nora..... ¡siempre Nora! *Aparecen Judas y Fina por el mismo sitio y en la misma forma que se fueron.*

FINA. ¡Arre! ¡Arre, Palomo.....!

ANA TERESA. ¡Y qué palomo sin hiel!

FINA. Hemos corrido toda la granja.

JUDAS. ¡Cómo se asustaban las gallinas cuando pasó gritando! *Por la derecha viene Catalina, con cofia y manteleta, dispuesta para salir.*

FINA. Pero, ¿dónde vas, madrina, tan guapa?

CATALINA. Miren el muñeco. ¿Te importa á ti?

FINA. Como que quiero ir contigo.

CATALINA. No, hijita; no puede ser.

FINA. ¿Ya os vais á vuestra casa?

CATALINA. No.

FINA. ¡Me da una pena cuando volvéis á la ciudad.....!

JUDAS. Si esto es una alhaja.

CATALINA. Ahora el padrino y yo vamos á una boda.

FINA. Eso es..... ¡Y habrá baile! ¡Yo quiero ir!

CATALINA. Habrá baile de personas mayores. Los niños no van.

FINA. Pues cuando tú eras niña, bien que ibas á los bailes. Me lo ha dicho el padrino.

CATALINA. Aquellos eran otros tiempos..... y otros bailes. Ahora, en seguida se dan los pies al *air*. ¡Diferencia de nuestros minués!

FINA. ¿Minués? Madrina, ¡qué antigua eres!

CATALINA. Minués, sí. No ha habido danza más elegante.

FINA. *A Ana Teresa.* Tú me la enseñarás, ¿verdad?

ANA TERESA. Yo no la sé, hijita. La madrina.....

FINA. ¡Es tan vieja.....!

CATALINA. ¿Qué dice usted, muñeco?

FINA. Que te caes de vieja.

CATALINA. ¿Vieja yo?

FINA. Pues enséñame el baile.

CATALINA. *Resignándose con tal de demostrar que todavía no ha perdido el compás.* Ven, mira. La falda, con dos deditos.....

FINA. *Imitándola.* ¿Así?

CATALINA. Así. Distinción..... Señorío..... Y siempre sonriendo.

## MÚSICA.

*Frente á frente madrina y ahijada, la primera inicia los pasos, que la niña copia fielmente. Las dos artistas procurarán dar á esta lección de minué el ajuste necesario para que ni una ni otra pierdan su respectivo carácter, aunque en el fondo las dos parecen niñas. Judas y Ana Teresa, uno á cada lado de las dos figuras principales del número, completan el cuadro como espectadores embebecidos. Al terminar el baile, Fina palmorea alegremente, con impaciencia por volver á comenzar.*

## HABLADO.

FINA. Más..... más..... Judas.

CATALINA. No, hija mía. Me canso.

FINA. *Gimoteando.* Yo quería más. *Sale Pedro por la derecha con dos estuches en la mano, conteniendo los regalos nupciales.*

PEDRO. Andando, Catalina.

CATALINA. Vamos.

PEDRO. *Viendo á Fina, llorosa.* ¿Qué le ocurre á la niña?

FINA. Que estoy enfadada.

PEDRO. ¿Tú?

FINA. Me dejáis aquí....

PEDRO. Sí, y las niñas son obedientes. *Da el brazo á Catalina.*

CATALINA. Hasta luego. Cuando anochezca nos mandáis el carruaje. *Van hacia el foro.*

PEDRO. *A Judas.* Que no hagas tarde.

JUDAS. Descuide, señor. *Pedro y Catalina se van por el camino y Judas los sigue.* ¡Hay que verlos marchar! No hay otros dos señores más señores.

FINA. *A Ana Teresa.* La madrina no me quiere.

ANA TERESA. ¿No ha de quererte, tontuela?

FINA. Pues, ¿por qué no me lleva?

ANA TERESA. Te llevará cuando seas una mujer. Las niñas no van á los bailes. Saltan, corren, juegan. ¿Dónde está tu muñeca?

FINA. La tengo castigada.

ANA TERESA. ¿Lo ves? Tú eres peor que la madrina. Tráela; verás cómo jugamos.

FINA. Bueno..... La perdonaré. *Dirigiéndose á la puerta de la derecha.* ¡Qué suerte tiene mi muñeca! Siempre ha de encontrar quien la defienda. *Entra en la casita de la derecha y al instante reaparece zarandeando á una muñequita.*

ANA TERESA. ¡Qué mal la tratas! Ven, dámela.

FINA. Yo no quiero jugar ahora. Ya va á anocheecer y es muy tarde para la muñeca.

ANA TERESA. Sí; es muy tarde para las muñecas y para las niñas.

FINA. ¿Quieres que la durmamos?

ANA TERESA. Sí. Tú vas á mecerla.

FINA. Pero yo no sé cantarla.

ANA TERESA. No importa, ven. La cantaremos juntas. *Ana Teresa, sentada en el banco rústico, coge en brazos á Fina, la cual sostiene en los suyos á la muñeca.*

## MÚSICA.

ANA TERESA. *Meciendo á Fina.*

Duerme con mi canto que llega á ti  
como pajarito que vuela.  
Duerme, niña mía; duérmete feliz,  
que tienes al amor que te vela.  
Duerme que mis besos te arrullarán;  
duérmete al calor de mis brazos,  
que las madres buenas ponen al besar  
su vida y su alma entera en los labios.

—  
Deja, fuentecilla, de correr,  
que mi niña duerme ya.  
Calla, pajarillo, tu canción,  
que la vas á despertar.

—  
Duerme, niña mía,  
duérmete y vendrán  
unos angelitos  
que te cantarán.

—  
*Ya dormida Fina, se levanta Ana Teresa cuidadosamente, llevándola en brazos hacia la derecha. La niña se revuelve un instante, como despertándose, dejando caer el brazo con el que sostiene la muñeca.*

Duerme con mi canto que llega á ti  
como pajarito que vuela.....

*La arrulla, á boca cerrada, y á paso muy lento hace mutis por la derecha. Entretanto, ha aparecido Enrique en lo alto de la escalera, observando á Ana Teresa con enternecimiento. Cuando ella ha entrado en la casa, Enrique baja á la escena.*

## HABLADO.

ENRIQUE. Pueden más sus virtudes que mi prudencia. *Sale Ricardo por el último término de la izquierda.*  
¡Ah! Ricardo.....

RICARDO. Enrique.....

ENRIQUE. Te buscaba.

RICARDO. Yo también. ¿Querías escribirme una carta?

ENRIQUE. ¿Una carta?

RICARDO. Sí, para mi aldea.

ENRIQUE. La escribiremos mañana.

RICARDO. Antes. Ahora comprenderás. Quiero hablarte de nuestra situación en la granja.

ENRIQUE. Yo también quería hablarte de ella.

RICARDO. Cuanto más benévola es vuestra actitud, más me denigra esta caridad.

ENRIQUE. No, no era eso. Quería decirte..... Deseaba arreglar..... Yo..... Yo enviudé hace tres años. Te juro que el cariño de Marta no ha de borrarse nunca en mí.

RICARDO. Dichoso el que no olvida.

ENRIQUE. Ahora que..... Tengo una hijita sin madre, un hogar sin calor.....

RICARDO. Sí, sí. Tu niña necesita una madre.

ENRIQUE. Yo tengo que casarme, ¿verdad?

RICARDO. Si encuentras una mujer digna.....

ENRIQUE. La he encontrado.

RICARDO. ¿Está en la granja?

ENRIQUE. Sí.

RICARDO. ¿La conozco yo?

ENRIQUE. Mucho.

RICARDO. ¿Quién es?

ENRIQUE. Es..... Ana Teresa.

RICARDO. *Sobresaltado.* ¡Ana.....!

ENRIQUE. Sí, amigo mío. No quisiera darle una ma-



drastra á Fina..... Ana Teresa sería su madre..... *Sorprendido por el abatimiento de Ricardo.* ¿Qué dices? ¿Qué te pasa? Yo creí proporcionarte una alegría.

RICARDO. *Irritado.* ¿Robándome á Ana Teresa? *Aparece Judas en el camino.*

ENRIQUE. Pero, ¿es tu amante?

RICARDO. No.

ENRIQUE. ¿Es tu novia?

RICARDO. ¡No!

ENRIQUE. Pues..... entonces.....

RICARDO. Es la luz de mis ojos. ¿Dónde voy en el mundo sin ella?

ENRIQUE. Tú vivirás con nosotros.

RICARDO. ¿Aquí? ¿Aquí siempre?

ENRIQUE. Á nuestro lado.

RICARDO. No, nunca..... Residenciarme..... Recluirme..... ¡Nunca! Yo necesito andar mucho. Donde yo debo ir está muy lejos. *Separándose de Enrique y dirigiéndose al segundo término de la derecha.* Querías tu felicidad á costa de la mía. *Con ironía.* Alma generosa. *Sinceramente.* ¡Alma ruin!

ENRIQUE. *Atónito.* Pero.....

RICARDO. Déjame. Encerrarme, prenderme..... ¡marmarme! ¿Qué te hice yo, gran Dios? *Mutis por la derecha.* *Judas baja al encuentro de Enrique.*

JUDAS. Maestro, ¿ve usted claro?

ENRIQUE. No.

JUDAS. Yo, sí.

ENRIQUE. ¿Tú? ¿Qué has visto?

JUDAS. ¿Usted quiere á Ana Teresa?

ENRIQUE. Sí.

JUDAS. Usted la quiere y Ricardo también.

ENRIQUE. Con un cariño egoísta.

JUDAS. Por eso es un cariño muy grande. Y Ana Teresa le quiere á él más todavía. Por Ricardo ha pasado

hambre, caminó muchos días sin descanso y sin esperanzas de refugio. Le escucha sus destemplanzas y no se duele; le atiende y le mimas, y no oye de Ricardo una palabra de gratitud. Esa cara de risa, ese deseo de agradar no es más que el miedo de que él vuelva á mendigar por los caminos. Y eso, maestro, no se hace más que por amor.

ENRIQUE. Quizá..... quizá.....

JUDAS. ¿Ha hablado usted con ella?

ENRIQUE. Es que yo preferiría ignorarlo.

JUDAS. ¿Por qué?

ENRIQUE. Porque no es un capricho de ahora. Es la obra del tiempo. Días y días viéndola y queriéndola más de día en día..... *Pausa.* Ve por Ana Teresa.

JUDAS. Pero, maestro.....

ENRIQUE ¡Llámalas! *Judas obedece y se va por la puerta de la derecha. Que ella lo diga. Un momento de pausa y sale Ana Teresa.*

ANA TERESA. ¿Me llamaste?

ENRIQUE. Sí. ¿Estabas con mi hija?

ANA TERESA. Me la llevé á la cuna y allí despertó de nuevo preguntándome por ti. Judas está con ella.

ENRIQUE. Te quiere mucho Fina.

ANA TERESA. Los niños quieren á todo el mundo.

ENRIQUE. Es que la mimas mucho..... La consientes..... La educas también. La quieres, en una palabra. Por eso..... Ana Teresa..... Escúchame: ¿te casarías conmigo?

ANA TERESA ¿Yo?

ENRIQUE. Tú que has traído á mi hogar un calor de nido y has llenado mi casa de luz.

ANA TERESA. Enrique.....

ENRIQUE. Tú no me quieres, ¿verdad?

ANA TERESA. Sería una ingrata si no te quisiera. Pero es el mío un cariño de reconocimiento; cariño de



pájaro por el arroyo donde bebe, por el viento que le lleva, por el árbol que le cobija.....

ENRIQUE. ¿Por qué no ha de transformarse tu cariño? ¿Quieres pensarlo?

ANA TERESA. *Después de un instante de indecisión.* Bien, Enrique. Yo no debo engañarte. Si mañana me decidiera, será por Fina, y, sobre todo, perdóname, por no volver á los caminos..... porque no vuelva él.

ENRIQUE. ¡Él!

ANA TERESA. Ricardo. ¡Saber que tiene asegurada la vida.....!

ENRIQUE. Nada le faltará; pero..... no puede vivir con nosotros.

ANA TERESA. Y ¿adónde va á ir?

ENRIQUE. Á Bergen. Estará con mi hermano y yo le enviaré cuanto necesite.

ANA TERESA. ¿Y la mano que le guíe? ¿Y el corazón que le acompañe? ¿Y la palabra que lleve á sus ojos la ilusión de que ven? ¿Por qué quieres alejar á Ricardo?

ENRIQUE. Lo sabe todo el mundo: Ricardo te ama.

ANA TERESA. Bien sé que no.

ENRIQUE. He hablado con él.

ANA TERESA. ¿Y te lo ha dicho?

ENRIQUE. No fué preciso que me lo dijera. He acudido á él y me niega su apoyo; me increpa..... tiene celos..... como yo.

ANA TERESA. ¿Será posible? *Con júbilo.*

ENRIQUE. Te lo juro.

ANA TERESA. Tengo miedo á creerte; pero, oye, Enrique: yo no puedo querer más que á Ricardo. No pienses en mí.

ENRIQUE. ¿Tú también le querías?

ANA TERESA. Con alma y vida. Le esperaba, soñaba con él. ¡Dios ha querido concedérmelo!

ENRIQUE. Ana Teresa..... Tu cariño es tan grande que

yo no podría nada contra él. Está templado á prueba de sacrificios. *Pausa.* Quisiera no ofenderte..... disculparme..... No podemos vivir juntos.

ANA TERESA. Es natural. Eso te dicta tu despecho.

ENRIQUE. ¿Ves? No me has entendido. Toma lo que desees de mi hacienda; pero, huye..... Te quiero mucho..... No sabría verte feliz con otro hombre. *Entra en la casita de la derecha. Por el último término del mismo lado suena la voz de Ricardo que viene.*

RICARDO. ¡Anal ¡Ana Teresa.....!

ANA TERESA. *Corriendo á su encuentro.* ¡Ricardo!

RICARDO. ¿Qué hacías?

ANA TERESA. Ahora iba á buscarte.

RICARDO. ¿Has visto á Enrique?

ANA TERESA. Sí, sí; tranquilízate.

RICARDO. ¿Te ha hablado?

ANA TERESA. De todo.

RICARDO. ¿No vas á abandonarme?

ANA TERESA. ¡Jamás! *Sale Fudas por la derecha. Trae un hatillo de ropa, el violín de Ricardo y una bolsita con dinero. Ana Teresa le impone silencio y acude á tomar la ropa y el instrumento.*

RICARDO. ¡Dios te lo pague! Ahora te necesito más que nunca.

ANA TERESA. Y como nunca me tienes. *Fudas insiste en entregarle el dinero. Ana lo rechaza y cae la bolsita al suelo, recogiénola Fudas de nuevo.*

RICARDO. ¿Qué es eso? ¿Es dinero?

ANA TERESA. *Azorada.* Sí, dinero. ¿No sabes? Ahora vamos á ir á una fiesta. Han venido á avisarte para tocar.

RICARDO. ¿Á mí?

ANA TERESA. Al gran violinista Ricardo.

RICARDO. ¿Y ese dinero?

ANA TERESA. Es tuyo. *Coge la bolsa de manos de Fudas y se la entrega á Ricardo.*

RICARDO. ¡Mío! ¿Lo ves, Ana Teresa? El violín..... dame el violín. *Ana se lo da y él lo besa.* ¡Qué mudo y qué triste!

ANA TERESA. Tú verás cómo canta de nuevo.

RICARDO. Cantará con mi alma.

ANA TERESA. Vamos, vamos.....

RICARDO. Sí, á demostrar que aún soy..... Después de la fiesta emprenderemos el camino.

ANA TERESA. ¿Adónde?

RICARDO. Á mi felicidad, á la aldea, á Nora. ¿No lo sabes?

ANA TERESA. *Desalentada.* ¡Á Nora!

RICARDO. ¿Por qué no, si voy á resucitar ante ella?

ANA TERESA *Una vez más resignada.* Tú lo quieres. Vamos.....

MÚSICA.

*Comienza á ejecutar la orquesta, pianísimo, el motivo de la sonata predilecta. Ricardo, conducido por Ana Teresa, asciende por el camino del foro hasta perderse de vista la pareja. Judas los contempla conmovido.*

HABLADO SOBRE LA ORQUESTA.

RICARDO. Sin que nadie se entere..... Despacito..... Muy despacito.

JUDAS. *Cuando ya no se les ve.* ¡Id con Dios! *Condo-lido.* ¡Pobrecillos! *Por la derecha sale Fina.* ¡Si las cosas se hicieran dos veces.....!

FINA. *A Judas.* ¿Por qué me has dejado?

JUDAS. *Sin perder de vista á los viajeros.* Me llamó el maestro.

FINA. Pero, ¿qué miras? ¡Es Ana! ¿Es que se va?

JUDAS. Para no volver, hija mía.

FINA. *Vivamente.* No, yo no quiero. *Corre al comienzo del camino y grita:* Ana..... ¡Ana.....! ¡Ana Teresa.....! *Convencida de su fracaso vuelve á Judas, sollozando.* ¿Por qué....., por qué no se queda?

JUDAS. Porque no tenemos corazón. *Fuerte en la orquesta y telón rápido.*

MUTACIÓN.

## CUADRO TERCERO

Una plazuela de la aldea. A la derecha, en primer término, la casa de Nora, con puerta practicable. En segundo término, una calle. A la izquierda, en primer término, la casa de Olaf, también con puerta practicable. En segundo término del mismo lado, una calle. En tercer término de la izquierda, la casa de Ricardo, que avanza hasta la mitad de la escena; tiene puerta practicable dando frente al público, á la que se sube por una escalerilla de tres peldaños. Al fondo se ve el mar, y en la lejanía unas montañas, al otro lado del *ffjord*. Entre la casa de Ricardo y el mar se supone una playa. Es de día.

*Al levantarse el telón, nadie en escena. Suenan por la derecha las campanillas del tiro de un carruaje y sale Olaf de su casa, por la izquierda.*

OLAF. No me engaño, no. Esas campanillas son forasteras. *Dirigiéndose hacia la derecha.* ¡Hola! Es gente de pro. *Entran por ese lado Catalina, Pedro y Judas, que trae de la mano á Fina.*

CATALINA. *A Olaf.* ¿Sabéis de una buena muchacha llamada Ana Teresa?

OLAF. De ese nombre hay varias en la aldea.

FINA. No importa. Dejadme á mí. *A Olaf.* ¿Tú no conoces á Ana Teresa, la de las canciones bonitas?

OLAF. ¿La de las canciones.....? ¡Ah! Sí. Un año ha que desapareció de este pueblo. Moriría tal vez.

JUDAS. Sólo hace una semana que nosotros estuvimos con ella.



OLAF. Os digo que á la aldea no ha vuelto desde que una noche de geldas se perdió su rastro.

JUDAS. Vaga por los caminos y un hombre la acompaña.

OLAF. Entonces esa es otra.

CATALINA. Él se llama Ricardo.

OLAF. *Espantado.* ¡Ricar.....!

FINA. Sí, sí: Ricardo. Y es violinista.

OLAF. ¡Cielos de Dios! ¡Ricardo vive!

PEDRO. ¿De qué os admiráis?

OLAF. Señor, toda la aldea le tiene por muerto.

FINA. Pero yo quiero ver á Ana Teresa. ¿Dónde está?

OLAF. No lo sé, pequeñuela.

CATALINA. Hacia acá vinieron cuando fueron despedidos de nuestra granja.

PEDRO. No vendrían aquí.

JUDAS. Señor, ellos vienen andando. El ciego anda muy poco.

OLAF. ¿Ricardo ciego?

FINA. ¿Es amigo tuyo?

OLAF. Muy amigo, en verdad.

PEDRO. ¿Qué hacemos, mujer?

CATALINA. Sigamos á Cristianía. ¡Quién sabe si no vuelvan!

FINA. No, madrina. Esperemos.

OLAF. Te gustaría verlos, ¿verdad? Pues aguarden. Yo pediré informes á los pueblos vecinos. Pasen á mi casa. *Pedro y Catalina cruzan una mirada consultiva.*

FINA. Madrina, no le preguntes al padrino, porque va á decir que no.

PEDRO. *Resolviéndose, riendo.* Vamos adentro.

CATALINA. ¡El demonio de la chiquilla! *Pedro y Catalina se adelantan para entrar en casa de Olaf. Este los precede, y Judas, con Fina, entra el último.*

JUDAS. ¿Lo ves? ¿Lo ves?



FINA. *Bajito, á Judas.* ¡Cállate, tonto! ¿No sabes que al padrino hay que llevarle la contraria?

JUDAS. Pero tú haces de él lo que quieres.

FINA. Sí, sí; lo que quiero. ¿Tú crees que quiero ir al colegio? Pues no quiero. Si no estuviera en la ciudad, que dicen que es muy bonita....., ¡ya te lo diría yo! *Mu-tis de todos.*

*Por el foro izquierda, detrás de la casa de Ricardo, surge Cristián, en traje de novio, rodeado por Oscar, Gustavo, Hans y varios mozos.*

CRISTIÁN. ¡Alto! Ha llegado el momento culminante.

HANS. ¿Se habrá vestido la novia?

CRISTIÁN. Estará en ello. Es el instante psicológico de la serenata nupcial.

OSCAR. ¡Qué suerte tienes!

HANS. ¡Casarte con el mejor partido de la aldea!

CRISTIÁN. Estaba escrito que mi boda sería ruidosa. Cuando hay tipo y un instrumento filarmónico, la mujer es débil. Con que..... Oído al compás, no vayáis á cantarme una marcha fúnebre.

HANS. Descuida.

CRISTIÁN. ¡Cuidadito con desafinar y con las entradas!

OSCAR. Tú marca bien el tiempo.

CRISTIÁN. Como un barómetro. *Prevención para dirigir.* ¡Ah! Ya sabéis que lo del maullido es cosa mía. *Cristián, de espaldas á la casa de Nora, dirige el coro, intercalando en el canto cómicos maullidos.*

## MÚSICA.

CORO. Niña blanca y rubia,  
que te vistes de novia,  
no te prendas alfileres  
y lleva suelta la ropa,

porque el novio temiendo está  
llevarse un arañazo;  
que el hombre tiene impaciencia  
por darte pronto un abrazo.

CRISTIÁN. *Recitado.* Muy bien..... Pero más largo ese  
abrazo.

CORO. Como tienes los labios  
de capullos de rosa,  
te suplico de rodillas  
que no te pintes la boca,  
porque el novio te besará  
y va á salir teñido.  
Y el hombre, cuando se pinta,  
no sirve para marido.

CRISTIÁN. *Recitado.* Muy bien..... Pero más fogoso el  
marido.

HABLADO.

CRISTIÁN. *Con énfasis.* Os iréis convenciendo poco á  
poco de que la alegría soy yo.

HANS. Indudable.

CRISTIÁN. Y ahora, ¡andando!, á la iglesia. *Medio  
mutis de todos hacia la izquierda, á punto de que sale  
Olaf.*

OLAF. Ven aquí, hombre feliz, á mis brazos.

CRISTIÁN. Gracias, viejo Olaf.

OLAF. ¿Habrás echado de menos mi regalo?

CRISTIÁN. Sí.

OLAF. No te irás sin él.

CRISTIÁN. Lo que sea me lo consultas, porque si no  
me junto con un montón de objetos similares. Por ejem-  
plo: ciento seis pucheros.

OLAF. Como que las alfarerías de la aldea cocieron  
dos semanas en tu honor.

CRISTIÁN. Pues, la verdad, que yo me case no es motivo para que se hagan tantos pucheros.

OLAF. Mi regalo es de verdadero valor: un consejo. Escucha la voz de la experiencia. La mujer es lo mismo que una caldera. En el corazón, que es el fondo, lo mismo puede hallarse miel que cicuta. Y no te acerques mucho á ella, porque tizna.

CRISTIÁN. ¡Ah! Pero yo soy un calderero formidable, y, si no es á mi gusto, la hago nueva.

OLAF. ¿Cómo la vas á hacer?

CRISTIÁN. Como se hacen las calderas: á golpes.

GUSTAVO. ¿Se acabó el consejo?

OSCAR. Sí, que es tarde.

OLAF. A mí ya me estáis estorbando.

CRISTIÁN. Esperad. *Se acerca á la casa de la derecha.*  
¿Está ya la calde.....?

CORO. ¿Cómo la caldera?

CRISTIÁN. Digo..... la novia. Porque la lumbre se pasa y hay mucho que cocer. *A los mozos.* ¡Andando!

*Hacen mutis Hans, Oscar, Gustavo y el coro, cantando una parte de la serenata burlesca. Cristián les sigue; pero Olaf le detiene cuando llega á él.*

OLAF. Oye, Cristián. ¿Á ti no te da remordimiento casarte en el aniversario del pobre Ricardo? Aún estás á tiempo de aplazar tu boda y, si lo haces, merecerás mi gratitud.

CRISTIÁN. No puede ser. Se opone la tradición.

OLAF. ¡Qué ha de oponerse!

CRISTIÁN. Ya lo creo. No seré yo quien haga oposiciones á la tradición.

OLAF. Ya verás, ya, esta noche. Cuando te quedas solo con tu novia, se te aparecerá por todas partes Ricardo con su violín.

CRISTIÁN. Ganas de molestarte, porque allí no toca nadie más que yo. *Por la derecha comienza á oirse en un*

*violin la sonata de Grieg. Cristián casi se desmaya en brazos de Olaf. ¡Ay.....!*

OLAF. ¿Escuchas?

CRISTIÁN. Ya me están dando alucinaciones.

OLAF. ¡Suéltame! Es la divina sonata de Grieg. ¡Era verdad, Dios mío! *Haciendo mutis por la calle de la derecha.* ¡Ricardo! ¡Ricardo! *Al momento deja de tocar el violin.*

CRISTIÁN. ¿Qué va á pasar, ahora, Señor? ¡Ábrete, tierra..... y trágatelo! ¿Y estos son los que se meriendan las geldas? *Mutis por la casa de la derecha precipitadamente. Un momento de pausa. Por la derecha, segundo término, sale Ricardo apoyado en Olaf; Ana Teresa les sigue.*

OLAF. ¿Tú eres aquél.....?

RICARDO. ¡Quién nos lo dijera!

ANA TERESA. Anímale tú, Olaf.

RICARDO. La pobre Ana Teresa, á quien yo he maltratado sin duelo con mis impertinencias, todo me lo presenta hermoso.

ANA TERESA. Yo no te engaño nunca.

RICARDO. Pero, ¿crees que no recuerdo lo que es la vida? Hemos andado ya media aldea y nadie se ha acercado á mí. *A Olaf.* Sólo tu viejo amigo.

ANA TERESA. No encontramos á nadie. Esta tarde habrá fiesta en el bosque. Se estarán componiendo.

OLAF. Verdad.

RICARDO. He oído en las calles canciones que á mí paso morían y he aspirado el aroma de la compasión. *A la puerta de casa de Nora asoma una muchacha que observa á Ricardo y desaparece en seguida.*

OLAF. ¡Pobre Ricardo!

RICARDO. Olaf: háblame de Nora.

OLAF. De Nora.....

RICARDO. ¿Me ha olvidado también?

OLAF. *Tras una pausa.* Sí.

ANA TERESA. *Desalentada.* Sí.

RICARDO. No; no lo creo. Es que la veis en fiestas y riendo. Ella sola podría decírmelo.

OLAF. Ricardo..... hablemos claro. Yo sé muy bien que Nora te olvidó. Tú fuiste en aquel día de geldas el regalo para su vanidad de moza rica; pero, después..... te ha olvidado..... y te ha sustituido.

ANA TERESA. ¡Infame!

RICARDO. ¿Á mí? *Después de un momento de cólera se serena y sonríe.* Te engañas otra vez.

OLAF. Va á casarse.

RICARDO. ¿Lo ves? Aún he venido á tiempo.

OLAF. ¿Es que también has cegado del alma?

RICARDO. Aquí dentro veo muy claro. Nora quiere olvidarme, eso sí. Busca una alegría que no encuentra y ha hallado un novio á quien no quiere.

OLAF. Quizá.

ANA TERESA. Pero, si te mintiera el deseo.....

RICARDO. *Con firmeza.* Yo no sería yo. *Transición.* Y ¿con quién se casa? *Aparece Cristián á la puerta de casa de Nora. Ve que está Ricardo en la plaza é intenta entrar de nuevo; pero la voz de Ana Teresa le deja inmóvil.*

CRISTIÁN. ¡Ah!

ANA TERESA. ¡Cristián! *Se acerca á él y hablan aparte. Hasta que se indique, Cristián esquiva mirar á Ricardo y á Olaf, con justificado temor.*

ANA TERESA. ¿Está Nora ahí?

CRISTIÁN. Sí.

ANA TERESA. ¿Y su novio?

CRISTIÁN. ¿Su novio? No; ése ha salido ya.

ANA TERESA. ¿Cuándo se casan?

CRISTIÁN. Hoy.

ANA TERESA. ¿Hoy?

CRISTIÁN. *Aparte.* ¡Huy!.....

RICARDO. *Llamándole.* Cristián.

CRISTIÁN. ¡Ay!



RICARDO. Soy yo. ¿No me conoces? Ricardo.....

CRISTIÁN. Pero, ¿vivo, ó muerto?

RICARDO. Ya lo ves..... ¿Y tú?.....

CRISTIÁN. ¿Yo? Más muerto que vivo.

OLAF. *Acercándose á Cristián, mientras Ana Teresa vuelve junto á Ricardo.* Preguntaba Ricardo, cuando sa-  
liste, con quién se casa Nora.

CRISTIÁN. *Temeroso.* Y..... ¿qué le has dicho?

OLAF. Iba á decirle que con un sinvergüenza.

CRISTIÁN. *Con forzado cinismo.* Sí, señor. Tiene razón.

RICARDO. Pero, ¿quién es?

CRISTIÁN. Es..... un forastero.

RICARDO. Sólo así puede ser.

ANA TERESA. Y los mozos del pueblo, ¿qué hicisteis?

CRISTIÁN. ¿Qué íbamos á hacer, si ella es gustosa?

RICARDO. Todo se arreglará. Pero ahora, tú, Cristián, ven á mis brazos.

OLAF. Anda, hombre.

CRISTIÁN. Y ¿por qué no viene él?

OLAF. Porque no puede.

CRISTIÁN. *Volviéndose y reparando en los ojos de Ricardo.* ¡Ah! Ciego..... ¡Pobre!

RICARDO. ¡Siempre la compasión!

CRISTIÁN. *Acercándose.* Ricardo.....

RICARDO. Ven, abrázame. *Se abrazan.* Perdona el daño que te hice cuando era hombre. Ya soy una sombra.

CRISTIÁN. No, no te importe.

RICARDO. ¿Eres feliz ahora? ¿Te quieren? ¿Te aplauden?

CRISTIÁN. Sí, sí; mucho.

RICARDO. Me alegro. ¿Me perdonas?

CRISTIÁN. Ricardo..... Yo no te tenía rencor. Tú eras querido y adulado, porque tocabas mejor que yo.....



Ahora, que después he aprendido, me he perfeccionado..... me he enternecido. *Sollozando*.

ANA TERESA. ¿Ves cómo sí te quieren?

RICARDO. Sí. Por eso cada instante confío más en Nora.

CRISTIÁN. ¿Quieres..... que le hable?

OLAF. *Aparte*. Este Cristián es peregrino.

RICARDO. No es preciso, gracias, ¿No ha de hacer una mujer querida lo que un amigo compasivo?

CRISTIÁN. *Abrazando otra vez á Ricardo*. Adiós, adiós, Ricardo..... Estoy que me ahogo.

RICARDO. Adiós, alma buena.

CRISTIÁN. *Dirigiéndose á la izquierda*. Hasta luego.

OLAF. *Aparte, á Cristián*. Pero, ¿te vas así?

CRISTIÁN. Y en seguida..... porque, si estoy aquí un segundo más..... ¡se la cedo! *Mutis por la calle de la izquierda*.

RICARDO. Me alegra saber que al fin es dichoso Cristián.

OLAF. Está bien, Ricardo. Pero, mira, ven. Entra en mi casa; estarás fatigado y necesitas descansar.

RICARDO. No, á tu casa no. Voy á la mía. ¡Cómo estará la pobre! Quiero vestirme mi traje de fiesta para presentarme con él ante Nora.

OLAF. Como quieras.

RICARDO. El corazón me dice que he de triunfar. Ven conmigo. No me abandones. ¿Vamos, Ana Teresa?

ANA TERESA. ¿Yo, Ricardo? ¿Para qué? Cuando he creído que podría servirte, á tu lado me has tenido siempre. Pero, ahora.....

RICARDO. Ana Teresa.....

ANA TERESA. Ahora ha terminado mi misión. Nora te corresponderá porque lo mereces. Yo me vuelvo á mi ermita.

OLAF. ¿Por qué no nos aguardas?

RICARDO. Acaso tenga razón. Debo ser yo solo quien se presente á Nora. Pero no te alejes mucho de mí, Ana Teresa. Sabiendo que estás cerca me siento animoso.

ANA TERESA. En la ermita me tienes.

RICARDO. Ve, ve con Dios, mi ángel bueno. ¡Ay, si yo pudiera pagarte todo el bien que me has hecho! Vamos, Olaf, vamos. *Ricardo y Olaf entran en la casa del fondo.*

ANA TERESA. No, no está concluída mi misión. *Dirigiéndose á casa de Nora.* ¡Si Dios quisiera.....! *De la casa de la izquierda sale Fina y corre á los brazos de Ana.*

FINA. ¡Ana Teresa!

ANA TERESA. *Sorprendida.* ¡Nena! ¿Eres tú? *La besa con ternura.* Pero, ¿dónde vas?

FINA. Me llevan los padrinos con ellos.

ANA TERESA. ¡Cómo iba yo á pensar verte!

FINA. Los padrinos no querían; pero yo sabía que ésta era tu aldea y les he obligado á parar.

ANA TERESA. ¿Me quieres mucho, mucho?

FINA. Más que tú á mí.

ANA TERESA. *Acariciándola.* ¡Ángel mío!

FINA. ¿Dónde está Ricardo?

ANA TERESA. Fué á su casa.

FINA. *Con picardía.* Es tu novio, ¿verdad?

ANA TERESA. No, hija mía.

FINA. Judas me lo ha dicho.

ANA TERESA. ¿Quieres ver á la novia de Ricardo?

FINA. Sí, sí.....

ANA TERESA. Entra aquí. Saludas y, á la que veas más engalanada, dile: «Nora, sal á la puerta. Una amiga te espera.»

FINA. ¿Por qué no entras conmigo?

ANA TERESA. Porque en esa casa vive hoy la alegría y yo no puedo entrar en su reino.

FINA. ¿Qué te pasa?

ANA TERESA. No me preguntes.

FINA. Tú estás triste. Sí, sí. Pero, aguarda..... aquí vive la alegría. *Entra en casa de Nora.*

ANA TERESA. Dame, Señor, la fortaleza última. Si por este ángel tuyo no viene, ¿por qué caminos anda la felicidad? *Sale Nora de su casa, y al ver á Ana Teresa se contraría, procurando rehuir la conversación.*

NORA. ¡Ah! ¿Eres tú?

ANA TERESA. No me esperabas.

NORA. ¿Qué fué de tu vida?

ANA TERESA. Anduve los caminos cantando.

NORA. ¿Con Ricardo quizá?

ANA TERESA. Lo adivinaste. Pronto vendrá á adorar-te, ciego y desvalido.

NORA. ¡Ciego! No, no. Tú, que puedes hacerlo, Ana Teresa, llévatelo de aquí.

ANA TERESA. ¿No lo quieres ni ver?

NORA. No me condenes por decirlo. Sufriría mucho. Llévatelo de aquí.

MÚSICA.

ANA TERESA. Por los caminos, errante,  
soñaba verte Ricardo.  
¡Mira qué pena tan grande  
saber que le has olvidado!  
Vuelva tu amor con su luz á alumbrar  
su frente serena,  
que en tus amores aún puede encontrar  
consuelo su pena.  
Dale, piadosa, la felicidad  
de un tiempo lejano.  
¡Ay de las almas que esperan piedad  
y aguardan en vano!  
Tú le quieres,

Tú eres buena.

¿Qué me dices?

¿No contestas?

*Judas aparece en la puerta de Olaf y queda observando.*

NORA.

En mis ensueños felices

vivió su grato recuerdo;

pero el Ricardo de ahora

ya no es aquel de otros tiempos.

Haz que se aleje muy pronto de aquí,  
en pos del olvido.

Si sus amores han muerto ya en mí,

¿por qué lo has traído?

ANA TERESA. Porque pensé que los sueños de amor  
de nuevo reviven.

¡Tú, desgraciada, no tienes corazón!

¡Que Dios te castigue!

*Nora, turbada y temerosa, se aparta de Ana Teresa y entra en su casa.*

¡Pobrecillo! No merece

ni siquiera compasión.

¡Ni compasión!

HABLADO.

JUDAS. *Acercándose á Ana Teresa, que permanecía abstraída.* Yo soy un bellaco.

ANA TERESA. ¡Judas! ¿Tú? ¿Por qué?

JUDAS. Porque mi corazón de salvaje no ha sabido apreciar cómo eres. Perdona, Ana Teresa.

ANA TERESA. Déjame, amigo Judas. Necesito estar sola y llorar. *Sale Fina con el halda recogida y llena de flores blancas.*

FINA. Mirad, mirad..... Son flores de la novia. *A Ana Teresa.* Toma tú las que quieras. *Al ver que Ana Teresa*

*y Judas no la hacen caso, deja caer la falda y las flores dan en el suelo.* Pero, ¿qué os pasa á los dos?

ANA TERESA. Nada, hijita.

FINA. ¿Es que en este pueblo se prohíbe reir?

JUDAS. Al que no tiene ganas.

FINA. Mira este tonto..... *Ana Teresa la acaricia y se dirige á casa de Olaf.* ¿Dónde vas?

ANA TERESA. ¿No están aquí los padrinos?

FINA. ¡Ah, sí! Verás cómo se alegran de verte. *Deteniéndola.* Oye, Ana Teresa. ¿Cómo es que la novia de Ricardo no se casa con él?

ANA TERESA. Ya te lo contaré.....

FINA. Pero, entonces, ya se puede casar contigo, ¿no?

JUDAS. Ya lo creo.

ANA TERESA. Judas, Judas..... ¿por qué dices eso?

JUDAS. Porque lo manda Dios.

ANA TERESA. Él nos ampare. *Entra en casa de Olaf.*

FINA. ¿Qué es lo que manda Dios?

JUDAS. Que Ana no lllore.

FINA. ¿Ana llora? ¿Por qué?

JUDAS. Por lo que tú has llorado muchas veces al pie de los rosales de nuestro corral.

FINA. ¿Es que ha visto una flor que está muy alta?

JUDAS. Ricardo es esa flor.

MÚSICA.

*Por la calle del segundo término de la derecha salen un aldeano y una aldeana, dando muestras, mimicamente, de gran alborozo. Fina les interroga con la vista y ellos señalan hacia la calle de la izquierda, por donde, sin duda, viene la comitiva que ha de acompañar á Nora hasta la iglesia para la ceremonia nupcial. Aparecen por otros términos distintos aldeanos más, tan regocijados como los*



anteriores, con la evidente seguridad de lo mucho que se van á divertir. La niña, muy contenta ya también, obliga varias veces á Judas á que la coja en brazos y la elcve, para distinguir bien la gente que se aproxima; corre luego, brinca, palmoteando de alegría, y ella llena con su risa infantil, durante unos instantes, la plazuela del pueblo. Al fin, por el segundo término de la izquierda y á los acordes de una marcha nupcial, sale la comitiva, presidida por el Alcalde y formada por parejas de mozos y mozas, que quedan paradas ante la casa de Nora, una tras otra y en perfecta alineación. Cada mozo lleva cogida de la mano á su pareja, la cual, á su vez, sostiene, con la misma mano que da á su galdán, un ramo de rústicas flores. El Alcalde llama ante la puerta de la casa de Nora, dando dos golpes en el suelo con la vara que lleva, como representante de la autoridad; salen los padres de la muchacha, entéranse de la presencia de la comitiva y entran en busca de su hija. Inmediatamente se presenta Nora, tocada con una coronita de rosas, de la que penden, en los lados, dos cintas del mismo color que las rosas. Detrás de Nora salen sus dos damas de honor, vestidas con trajes y cofias blancas, y los padres. La novia saluda á todos y pasa bajo los arcos, rematados en grupos de flores, que forman los brazos de mozos y mozas. Al llegar al centro de la escena se detiene, siendo allí rodeada por todas las muchachas, que le ofrendan sus ramos, y por la niña, que le brinda sus besos. La satisfacción se refleja en todos los semblantes y la alegría va en aumento. Un mozo da un «¡Viva Nora!» enérgico, que es contestado con entusiasmo por todos los presentes, con excepción de Judas, que permanece un poco apartado. De pronto, en lo alto de la escalerilla de la casa del violinista, aparece Olaf, y tras él Ricardo. Este, que ha oído el ¡viva! y se ha dado perfecta cuenta de todo, queda inmóvil en la puerta de su casa,



## RECITADO.

RICARDO. ¡Nora! *Momento de estupor en el pueblo. Hombres y mujeres vuélvense hacia el sitio de donde ha partido la voz, y al ver á Ricardo ciego, retroceden con supersticioso temor, dejando paso al violinista, que avanza hacia Nora, conducido por Olaf. Ella, sorprendida y asustada, apenas si sabe qué responder. De sus manos se caen poco á poco las flores y no se atreve casi á mirar á su antiguo prometido.*

NORA. Ricardo.....

RICARDO. ¿Vas á casarte?

¡No me esperabas!

NORA. Llegas tan tarde.....

## CANTADO.

RICARDO. *Ya junto á ella.*

Nora, ¿ya no te acuerdas

de aquel bendito amor?

De amor quiero que me hables.

NORA. Aquel amor murió.

*Por la puerta de la casa de Olaf sale Ana Teresa, que presencia la escena sin poder reprimir sus lágrimas.*

RICARDO. Mi cariño no ha muerto.

¡Vuelva el tuyo, por Dios!

¡Ven á mí, Nora.....!

NORA. *Duda un instante. Al fin se decide y se aparta de Ricardo.*

Que Dios te guarde.

*Prosigue su camino rodeada por el pueblo, que no cesa de mirar con sorpresa y miedo al violinista. Éste queda solo, abandonado, en el centro de la escena.*

RICARDO. ¡Sin piedad me abandona  
 en mi horrible desventura!  
 ¡Sé dichosa mientras  
 yo maldigo mi amor!

*Fina, que ha comprendido perfectamente lo ocurrido y ve ahora desesperado al ciego y llorando á Ana Teresa, deja la comitiva y se aproxima al violinista.*

## RECITADO.

FINA. Ricardo, atiende. Soy Fina.  
 Escúchame. Ven aquí.

*Corre á buscar á Ana Teresa y la arrastra hacia Ricardo.*

Da la mano á Ana Teresa,  
 que está llorando por ti.

*Les junta las manos.*

ANA TERESA. Niña.....

FINA. Calla..... ¡Así! Juntitos.

Yo os quiero mucho á los dos.  
 ¡Sed felices!

*Ana Teresa y Ricardo se enlazan en un estrecho abrazo. Ella apoya la cabeza en el pecho del violinista, y él la besa en la frente. La niña, al verlos así, se acerca á Judas, que mira el cuadro enternecido.*

¿Verdad, Judas,  
 que esto es lo que manda Dios?

*Fina salta alegremente al cuello de Judas. Ana Teresa y Ricardo, enlazados, inician ahora el camino de la felicidad. Allá, en el fondo, el viejo Olaf parece bendecirlos con la mirada.*



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

1,50 PESETAS